

www.elboomeran.com

Sasha Abramsky
LA CASA DE LOS
VEINTE MIL LIBROS

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *The House of Twenty Thousand Books*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© Sasha Abramsky, 2014
© de la traducción, Ángeles de los Santos, 2016
© de esta edición, Editorial Periférica, 2016
Apartado de Correos 293, Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-40-3
DEPÓSITO LEGAL: CC-339-2016
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

ÍNDICE

Prólogo I: despedida, 13

Prólogo II: saludo, 37

El dormitorio del maestro: *la fortaleza*, 59

El recibidor: *un portal extraordinario*, 99

La cocina: *sal, azúcar y un toque de amor*, 141

El salón: *la Haskalá*, 165

El comedor: *rituales y rebeldes*, 223

La habitación grande del piso superior: *raíces*, 247

El comedor resurgente: *renacimiento*, 283

El salón revisitado: *finales*, 319

Agradecimientos, 347

Álbum de imágenes, 355

*Este libro está dedicado a Chimen y Mimi Abramsky.
Fuisteis, sencillamente, extraordinarios.
Os echo de menos y os lloro cada día.*

*¡Qué obra de arte es el hombre! ¡Qué noble su intelecto, qué infinitas
sus facultades! En su forma y movimientos, ¡cuán ágil y admirable!
En sus acciones, ¡cuán semejante a un ángel! En entendimiento,
¡cuán semejante a un dios!
¡Lo más bello del mundo! ¡El más perfecto de los animales!
Y sin embargo, para mí, ¿qué significa esta quintaesencia del polvo?*

WILLIAM SHAKESPEARE, *HAMLET*

PRÓLOGO I: DESPEDIDA

Se ve a sí mismo como parte de los libros, o a los libros como parte de sí mismo, no estoy seguro.

WILLIAM MORRIS, *NOTICIAS
DE NINGUNA PARTE* (1890)

No hay sonido en la tierra como el de un hombre callado, un hombre digno, que se rompe en un dolor primario. Nada es comparable: ni unas uñas arañando una pizarra, ni el rechinar de un torno dental atravesando el esmalte. Nada. Es el aullido del terror absoluto, un incisivo agujero negro de ruido que lo absorbe todo. Te arrastra al abismo: inusitado, insólito, no admite discrepancia. Esto, dice el sonido, es eterno.

Yo escuché ese sonido cuando me acerqué el teléfono al oído izquierdo en marzo de 2010. Estaba en casa, en Sacramento, California, sentado en el sofá, desolado, en la salita de la televisión, mi esposa e hijos en otro cuarto. A más de nueve mil kilómetros de distancia, mi padre estaba sentado junto al cuerpo de su padre en su casa del norte de Londres, en el número 5 de Hillway, Highgate. Unos pocos minutos antes, mi abuelo, Chimen Abramsky, había fallecido finalmente. ¿De qué? ¿De viejo? Tenía noventa y tres años. ¿Complicaciones del párkinson? Llevaba años deteriorándose, convertido en un anciano frágil y sordo, un viudo cada vez más inexpresivo, atrapado en un cuerpo roto, helado. ¿O por las secuelas de una horrible serie de enfermedades e infecciones de la vejez, cada una de las cuales por sí sola podrían haberlo matado? Al final, la causa en realidad no importaba. Lo que importaba era que el último de mis abuelos había muerto, un hombre que había sido mi maestro, mentor y gurú, además de mi «Nye»¹

¹ *Tie*, corbata. [Todas las notas son de la traductora]

—como lo llamaba de pequeño, porque siempre llevaba corbata y yo no sabía pronunciar esa palabra—. Mi maravilloso y a veces jugueteón abuelo —aquel hombre mayor que bailoteaba por el salón con una torre de coloridos vasos de plástico en la cabeza, encajados unos en otros, haciendo equilibrios para entretenerme cuando era niño— se había ido. El hombre que se había rodeado de decenas de miles de maravillosos libros raros, comprados a lo largo de la mayor parte de un siglo, había desaparecido. Todo lo que hizo que él fuera él había quedado reemplazado por la cerosa e impersonal quietud de la muerte.

Cuando empecé a llorar, los sollozos sacudiendo mi cuerpo, una parte de mí flotaba por encima de la escena y, mirando hacia abajo, me preguntaba por qué estaba tan impresionado. Después de todo, había tenido mucho tiempo para acostumbrarme a mi pena: el declive de Chimen había sido lento, sus últimos meses dolorosos y degradantes, cada llamada de teléfono a mis padres o hermanos empezaba con una actualización de su débil nexo con la vida. Se había convertido, durante esos últimos meses y años, en una coda a su propia historia.

En el siglo XVII René Descartes llegó a su famosa conclusión: «Pienso, luego existo». Durante gran parte de la vida de Chimen, conforme construía metódicamente su Casa de los Libros, se produjo lo contrario: él existía y por lo tanto pensaba. Si no hubiera pensado, leído, analizado el mundo que lo rodeaba y la historia a partir de la cual el mundo se desarrollaba, habría sido un alma perdida. Nunca se le dio bien, al fin y al cabo, estar de brazos cruzados. Pero ahora, nonagenario, con el cuerpo devastado por el párkinson, habiendo perdido audición, incapaz de salir de casa para ir a pasear como tanto le gustaba, se había convertido en un prisionero; su mente estaba atrapada en un cuerpo defectuoso, y ese cuerpo estaba enclaustrado en su Casa de los Libros. Poco a poco el mundo

se cerraba sobre él; al final ya no podía subir las escaleras. Su mundo se redujo a las pequeñas habitaciones atestadas de libros de la planta baja de su casa. La casa que había sido uno de los grandes salones de tertulias izquierdistas de Londres, que aún contenía una de las bibliotecas privadas más importantes de Inglaterra, ahora se había vuelto completamente claustrofóbica. La casa que resplandecía de vida intelectual cuando yo la visitaba de niño, ahora se había vuelto un poco espeluznante, decrepita, un lugar al que yo llevaba a mis propios hijos por obligación en vez de por placer. Las animadas conversaciones habían sido reemplazadas por los largos silencios de la sorda vejez; el bullicio de una cocina llena de gente y los grupos de comensales y de invitados que se quedaban a pasar la noche, dio paso a la inmovilidad del párkinson.

Entonces, la ecuación cartesiana se enderezó a sí misma: buscando mantener un nexos con la vida, con la cordura, Chimen se obsesionó aún más con el mundo de libros que había creado para sí. Como un hombre que se pellizca para asegurarse de que sigue teniendo sensibilidad, Chimen leía para cerciorarse de que seguía vivo. Pensaba, luego existía. Durante años, a medida que se debilitaba, su capacidad de pensar lo protegió; se aferraba a sus extraordinarias capacidades intelectuales, a su casi fotográfico poder de evocación. Cuando un trabajador social, intentando calibrar su agudeza mental, le preguntó si sabía quién era el primer ministro, Chimen le respondió con desdén que podía nombrar a todos los primeros ministros de los últimos doscientos años. Pero al final hasta su memoria lo abandonó. Físicamente roto, terminó también desorientado.

Yo llevaba meses afligido por la degradación de Chimen, incluso años, esa aflicción parcial por los vivos que surge en momentos inesperados y en lugares no deseados. Pero, mientras escuchaba ahora a mi padre lamentarse desde la salita llena de libros de la casa de mi abuelo, junto al parque de

Hampstead Heath, y que era la habitación en la que mi abuelo dormía últimamente, cuando ya no podía subir las escaleras hasta su dormitorio, algo se rompió. La funesta presencia, la irrevocabilidad de la puerta de hierro que separaba la vida de la muerte, me partió por la mitad, me hizo pedazos.

Al día siguiente yo estaba en Londres, ayudando a mi familia a preparar el funeral de mi abuelo. Vagábamos por la casa de Chimen, iniciando el duro proceso de organizar los papeles de una vida, rellenar documentos bancarios, y, al hacer todas las otras actividades habituales que acompañan a la muerte, llenar las horas de los días previos al funeral. El consuelo llegó de la biblioteca de Chimen, una extraordinaria colección de entre quince mil y veinte mil volúmenes. Incluso dejando a un lado el valor, la rareza de estos libros, muchos de ellos de cientos de años de antigüedad, su mera presencia física era imponente: si cada libro pesaba, por término medio, medio kilo —una estimación razonable, dado que muchos eran pequeños volúmenes de menos de cien gramos de peso, mientras que otros eran tomos enormes que podían fácilmente pesar cuatro kilos—, entonces, haciendo un cálculo prudente, la casa contenía más de diez toneladas de libros, el peso de al menos cinco coches grandes. Había, además, varias toneladas de manuscritos, cartas y periódicos apilados por la casa. Yo me detenía delante de una estantería cualquiera, sacaba un libro antiguo, lo olía, lo tocaba, comprobaba la fecha de publicación, me reencontraba con él como con un viejo amigo; hablaba de él con mi hermano menor, Kolya, que, de los cinco nietos, era el que más sabía de la colección de Chimen.

Durante esas tristes horas busqué algunos libros que habíamos conocido en años más felices, o a autores concretos cuya importancia Chimen nos había inculcado cuando éramos jóvenes aprendices de su mundo de ideas. Y recordé conversaciones de hacía décadas, las conversaciones que en tantos sentidos habían

formado la base de mi identidad intelectual. Recordé las reuniones que durante mi infancia habían presidido mis abuelos.

Mi abuela Miriam (Mimi para nosotros los niños; Miri para Chimen) era extremadamente inteligente. A diferencia de Chimen, sin embargo, por su temperamento no era ni académica ni una erudita obsesiva. En vez de eso, ella dedicaba sus energías a su profesión y, sobre todo, a cuidar de una vasta, extensa red de familiares y amigos. Durante mi primera infancia, en la década de los setenta, Mimi fue jefa de los trabajadores sociales en el departamento de psiquiatría del Royal Free Hospital. Llegaba a casa del trabajo –largas jornadas orientando a personas desequilibradas, a veces al borde del suicidio– y se ponía a preparar comidas del Viejo Mundo, fabulosas, contundentes, con las que agasajar a la inacabable sucesión de invitados que se acercaba a la casa. No se podía rechazar su comida; ella simplemente no aceptaba la falta de ganas de comer. Creó en su casa un ambiente que la sobreviviría, que perduraría de manera un tanto apagada hasta el nuevo milenio. Cuando, durante los últimos años de vida de Chimen, yo llevaba a mis hijos a visitar a su enfermo bisabuelo a su cada vez más ruinoso vivienda, él seguía recibiendo a intelectuales y viejos camaradas –los pocos a los que no había sobrevivido– que iban a tomar tazas de café, pan con arenques y retazos de conversación.

Ahora, muerto Chimen, yo no podía dejar de recorrer la casa, intentando imaginar un mundo sin mi abuelo. Cada vez que bajaba la escalera me enfrentaba a los horrores del *Guernica* de Picasso, llevaba toda mi vida viendo una reproducción sobre estas escaleras. Uno de mis primeros recuerdos era la despedida de Mimi y Chimen cuando partieron de vacaciones a España a finales de los años setenta; habían esperado cuarenta años para visitar España, negándose a ir hasta que el general Franco, en cuyo nombre los bombarderos nazis habían atacado Guernica en 1937, hubiera muerto.